

Creencias para una visión del mundo

WALDO ROSS*

El problema de la visión del mundo y, muy especialmente, la imagen del mundo interior, ha sido uno de mis temas preferidos. He hablado continuamente de “geografía interior”, queriendo significar con esto la forma gráfica que adquieren las vivencias en la inmensidad que muestra el psiquismo. Se trata de algo semejante al caleidoscopio con que juegan los niños, pero con esta diferencia: en el niño las piezas de vidrio del caleidoscopio se agrupan al azar, mientras que en la visión interna de un escritor existe una “tendencia secreta”, un impulso misterioso que empuja a las vivencias a agruparse en una forma determinada. Una vez le pregunté a Jorge Luis Borges cómo visualizaba él su mundo interior. Me respondió diciendo que lo contemplaba como si éste fuese una “galería de espejos negros”, donde la imagen reflejada en cada espejo se reproduce indefinidamente en todos los demás. Parece, pues, que la imagen interior no sólo tiene formas sino también color.

Pero en la filosofía clásica las imágenes del mundo son muy escasas y

*WALDO ROSS. Chileno. Ensayista, licenciado y doctor en filosofía. Ha dictado cursos en las Universidades de Chile y Católica de Valparaíso. Antiguo colaborador de *Atenea*. Profesor en varias universidades europeas y norteamericanas: de Humboldt, de Berlín; Bristol, Glasgow, Zurich y Montreal. Es autor de numerosas obras sobre filosofía y literatura, publicadas en Chile y otros países.

casi constituyen una excepción a la regla. Hay tres filósofos que son famosos por la fuerza de sus imágenes: Platón, Plotino y Schopenhauer. Exceptuando a Plotino que, según cuenta Porfirio, poseía un mal estilo griego, los otros dos fueron grandes escritores. Parecería ser, a primera vista, que la imagen del mundo, la imagen que resume la visión y la actitud del hombre frente al ser, fuese más propia del literato o del poeta que del filósofo sistemático. Hay uso de imágenes en pensadores como Rodó u Ortega que se sitúan más o menos en los límites que separa la literatura de la filosofía. Pero, hasta donde recuerdo, esos dos pensadores no nos han dado una "imagen totalizante" de su visión del mundo. El asunto se muestra con mayor claridad en algunos místicos que son magistrales en el empleo de la "imagen totalizante": Santa Teresa de Avila con su castillo interior, San Juan de la Cruz con su ascensión al Monte Carmelo, Santa Rosa de Lima con su huracán divino.

Pero volvamos a los filósofos clásicos.

Platón nos ha dado su famosa imagen totalizante del mundo en el Libro VII de *La República*. Es la imagen de la caverna con su hombre encadenado que contempla el desfile de figuras chinescas proyectadas sobre un muro: las figuras son nuestras sensaciones y el muro, nuestro espacio-tiempo. Un buen día ese hombre logra liberarse, puede entonces salir de la caverna y ver la verdadera realidad iluminada por la luz del sol. Ese sol representa el mundo de las Ideas y la esencia del platonismo se resume en esa imagen.

Plotino, a pesar de la opinión negativa de Porfirio, nos da continuamente imágenes de gran belleza y una de ellas logra resumir su visión del mundo. Es la imagen de tres círculos concéntricos dibujados alrededor de un centro inmóvil. El centro es Lo Uno, fuente inagotable desde donde emanan todos los seres. Junto a él aparece el primer círculo que es la Inteligencia, en cuyo seno se guardan los inteligibles. Después tenemos un segundo círculo que es el Alma del Mundo. Y, por último, un tercero que es la Materia en donde la luz emanada de Lo Uno llega a extinguirse. Es fácil presentir que esta imagen del mundo está inspirada en la cosmología de esa época, herencia de Aristóteles.

Schopenhauer nos ofrece otra imagen que sintetiza su concepción metafísica. Esta vez la inspiración no proviene de la astronomía sino de las ciencias biológicas a las cuales Schopenhauer miraba con predilección para fundamentar su concepto de Voluntad que, para él, era la cosa en sí. Decía entonces que la situación metafísica del hombre era semejante a la planta. Sus raíces son la Voluntad, las hojas son la inteligencia que mira hacia el sol del mundo de las Ideas y el tallo es la conciencia individual.

A esta altura, se podría presentar una objeción. Se podría decir, usando un viejo proverbio, que las comparaciones no son razones y que la "imagen totalizante" es una mera comparación que no demuestra nada. Este reproche se le ha hecho a Schopenhauer diciéndole que afirma sin demostrar. Ahora bien, yo me pregunto si en realidad hay algo en el mundo que se pueda demostrar. Por ejemplo, la demostración de un teorema de geometría es una pura tautología basada en axiomas que son, por propia definición, indemostrables. Pero pongamos un ejemplo más sencillo: si yo camino por la calle tengo que aceptar la existencia de la calle como un *hecho irreductible* que no puedo demostrar. De la calle puedo decir mil cosas: que es hermosa, que es práctica, que es saludable pasear por ella para mantener mi salud en buen estado, etc. Lo único que no puedo hacer es demostrar su existencia. En este sentido el hombre no demuestra nada, ni inventa nada, ni crea nada: solamente se limita a 'des-cubrir', a levantar el velo que oculta las cosas que previamente han existido. Y todo lo que se diga en contra de esto es producto de la enfermedad mortal de la vanidad.

Las imágenes totalizantes, las imágenes que resumen la visión del mundo, son muy útiles y se parecen a las señales de camino o al mapa de una ciudad. A veces son algo así como la carta secreta que indica el camino hacia donde ha sido enterrado un tesoro.

Pero dichas imágenes totalizantes poseen una virtud mucho mayor. Son imágenes que con toda facilidad pueden movilizar la energía de la psique. Y esto sí que es importante, porque en ello está en juego nuestra vida. C.G. Jung se refería sin duda a todo esto al hablar de los 'arquetipos'. Hay, eso sí, una dificultad: la energía de un arquetipo es efectiva sólo cuando logra encarnarse en una imagen totalizante que sea parte integrante y fundamental de mi personalidad. Esto lo saben muy bien los místicos. En este sentido, no hay imágenes totalizantes "prestadas" o sacadas de un catálogo de biblioteca. Si yo no poseo una personalidad que guarde alguna afinidad profunda con la de Santa Teresa de Avila, es completamente inútil que me ponga a hablar de 'moradas' o de 'castillos interiores'. Esta inutilidad es precisamente la que da una nota grotesca a la cultura de nuestra época, en especial a la llamada 'cultura universitaria', cultura de 'ideas-ladrillos' sacadas de alguna bibliografía de pacotilla.

Como soy hijo de nuestra época, mi imagen totalizante del mundo está inspirada por concepciones e inquietudes que flotan en el aire. Por eso hablo de *campos* por analogía con el campo gravitacional o el campo electromagnético. O lo que es aún más fácil, por analogía con el campo métrico propio del

espacio euclidiano. Si miro un objeto lo considero siempre como una 'limitación' del espacio. El espacio es así, en este ejemplo, la "condición de posibilidad" de los objetos físicos y, sin el espacio, éstos no existirían.

Tengo la impresión —y no puedo y ni siquiera me interesa demostrar nada— que el mundo metafísico es un "universo pluralístico" formado por la intersección de varios campos. La expresión "universo pluralístico" es de William James pero, como veremos más adelante, mi visión difiere de la suya. La tarea esencial de la metafísica es presentar *modelos* que, con mayor o menor grado de probabilidad, logren explicar la realidad y las inquietudes del hombre. Hasta ahora estos "modelos metafísicos" han obedecido al principio de economía de la ciencia física en donde el ideal sería llegar a la teoría del "campo unificado". Como en el fondo el hombre es un animal enfermo de miedo, anda siempre buscando explicaciones y teorías que lo libren del azar.

En el modelo que presentaremos en este ensayo, existirían cuatro campos: un campo de creación, un campo de objetos eternos, un campo de conciencia y un campo de divinidad.

Un *campo de creación*, de eterna novedad, que hace que estemos dentro de un cosmos en perpetuo movimiento. La famosa pregunta de Leibnitz —¿por qué hay ser en vez de nada?— se transformaría en esta otra: ¿por qué existe un universo energético, en perpetuo movimiento, en vez de un universo estático y congelado? El campo de creación sería así la "condición de posibilidad" de dicho movimiento.

Este campo de creación dentro del cual todo nace, muere y renace, sería esencialmente 'parcelado', formando así un inmenso caleidoscopio en donde nada se repite. Tal vez esta fragmentación, esta situación pluralística, es un reflejo de la idea de 'discontinuidad' de la energía (Planck) y del principio de indeterminación (Heisenberg). Querámoslo o no, las ideas prevalecientes en nuestra época se nos meten por los poros. Pero, con todo, esta idea es antiquísima: figura en las tesis que los maestros budistas utilizan para eliminar el sentimiento del *ego* —utilizan la llamada 'serialización' del psiquismo—, ese ego tan terriblemente perjudicial en la experiencia religiosa y en el comportamiento moral. Yo he utilizado esa idea sobre todo en el manejo del sentimiento de 'soledad' que constituye la puerta de entrada y la vía regia que conduce al universo metafísico.

Un *campo de objetos externos*. La expresión es de Whitehead, la idea es de Platón, la elaboración es de Plotino, pero yo cargo aquí con la responsabilidad de aplicarla en un contexto personal. Este campo sería equivalente al

mundo platónico de las Ideas, pero encerraría no sólo las esencias (o los inteligibles como quería Plotino), sino además el conjunto de leyes que rigen el universo y los valores. Este campo presentaría una mayor unificación que el anterior. Pero no por esto llegaría a ser un “campo unificado” que dominaría a todos los demás como un rey a sus súbditos. En esto me alejo del platonismo. Por el contrario, sería un campo moviente y animado. En la *Enneada* VI, 7 Plotino lo describía con estas bellas imágenes: “Allí hay un cielo que es un ser animado, que, por tanto, no está privado de lo que aquí se llaman astros... Hay también allí una tierra que no está desierta sino mucho más animada que la nuestra, que contiene en sí todos los animales que aquí se llaman terrestres, así como las plantas que poseen la vida. Hay allí un mar, un agua universal en la cual el flujo y la vida permanecen estables... El aire es también una parte de ese mundo inteligible así como los animales que le corresponden”.

Un *campo de conciencia* que constituiría un puente entre los dos anteriores y sería la condición de posibilidad de toda relación. La conciencia humana, que es un hecho irreductible, tendría que tener una condición de posibilidad en la totalidad del ser y ésa sería el campo de conciencia. Si se quiere, esto es pansiquismo, tendencia tentadora en cierto ámbito del pensamiento actual.

Como experiencia personal, yo tuve contacto con esta idea en mis años de estudiante a través de George F. Nicolai, uno de los profesores más interesantes que me tocó conocer. Casi medio siglo más tarde, esta idea reapareció en la gnosis de Princeton, por supuesto, sin citar a Nicolai, cumpliéndose así uno de los rituales de la vida universitaria. En efecto, en su *Psicogénesis* (Ercilla, Santiago, 1939, pág. 17: cito la edición porque este libro desapareció misteriosamente de las bibliotecas), Nicolai dice: “Como tales fenómenos irreductibles se consideran en la actualidad el campo métrico y eléctrico; y, por otra parte, lo es la conciencia. Es naturalmente pueril la idea con que han jugado algunos materialistas ingenuos, de querer explicar, por un movimiento de moléculas, la conciencia. Es un arquifenómeno inexplicable pero —y esto se olvida a menudo— no más inexplicable que la electricidad o el tiempo-espacio. Sin embargo, el reconocer que la conciencia es un arquifenómeno del cual sabemos que no se puede derivar de nada, ya nos avanza mucho; pues con esto se sabe ipso facto que ella no ha podido originarse con el tiempo. La conciencia debe ser eterna como lo es la sustancia (sustancia no en el sentido de la materia sino en el sentido filosófico de sustrato, que es el fondo de todo lo que se pasa —la cosa en sí). Con otras palabras: la sustancia, esto es, lo que existe realmente y por sí

mismo en este mundo, no puede tener únicamente las dos cualidades del campo métrico y eléctrico, sino que debe tener también la calidad de conciencia. En este sentido, el panpsiquismo es una necesidad lógica”.

La función propia del campo de conciencia sería la ‘experimentación’ de nuevas formas de ordenamiento de existencia y de vida. Sería finito y con un poder muchísimo más limitado que el Demiurgo de Platón.

Una comparación podría tal vez aclarar la diferencia que existe entre el Demiurgo platónico, la conciencia humana y el campo de conciencia. Imaginemos el mecanismo del juego de lotería como presunto modelo del universo metafísico. Allí las balotas van numeradas del 1 al 49. En el primer caso, el Demiurgo elegiría una combinación de números (por ejemplo: 4 - 8 - 16 - 24 - 30 - 43) ‘obligando’ al mecanismo de lotería a producir esta combinación. En el segundo caso, si un hombre eligiera esa combinación, sería prácticamente imposible que saliera premiado: el azar va contra el hombre. Pero en el campo de conciencia la situación sería diferente: no impondría, ni perdería, ni ganaría ninguna combinación, sino que ‘aprovecharía’ las combinaciones que vayan saliendo y con ellas intentaría establecer ordenamientos relativamente estables. En este caso, al azar se suma la finalidad.

Un *campo de divinidad* que ejerce su atracción sobre los tres anteriores, ayudando a su unificación, pero, al mismo tiempo, ayudando a garantizar su pluralidad. Para completar una frase de Aristóteles: Dios atrae al mundo como el amante a la amada, pero, a su vez, impide que amante y amada formen un solo cuerpo. La divinidad, al igual que el campo de conciencia, ejercería una función esencialmente *experimentadora* con la diferencia que la conciencia tomaría elementos que el azar del campo de creación le ofrece para experimentar, mientras que la divinidad trabajaría en atraer elementos previamente recogidos por el campo de conciencia y garantizaría así la relativa estabilidad que al ordenamiento del azar le ha dado el campo de conciencia. La divinidad es la póliza de seguro del campo de conciencia. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones: con frecuencia las compañías de seguro van a la quiebra.

Como se puede apreciar, en esta visión no hay nada completamente estable. No hay nada cerrado. Ni nada definitivo. Y lo que es más significativo: no hay nada infinito ni nada poderoso. Todo es finito y múltiple. El poder aquí brilla por su ausencia. Es ella una versión metafísica del anarquismo. Es como si se hubiese cumplido la frase de Thoreau: “El mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto”. Aquí no hay dominante ni

dominado. No hay ningún poder al cual recurrir y el hombre está solo frente al cataclismo. Es por eso una metafísica del heroísmo.

Por esta misma razón, al contemplar la interdependencia de estos cuatro campos, su conjunto no aparece como un dibujo geométrico, sino más bien como esa extraña y desconcertante figura que muestra el tejido biológico al ser fotografiado con ayuda de un microscopio electrónico.

Al hablar de 'campos' no hemos inventado nada nuevo. Ideas análogas las podemos encontrar en todas partes, desde los hindúes y budistas hasta Teilhard de Chardin.

Aquí el problema es otro: ¿cómo podríamos reunir estas ideas dentro de una imagen totalizante? Y de poderlo hacer: ¿cómo esta imagen totalizante podría reflejar mi personalidad y movilizar mi energía psíquica? La movilización de la energía y su correspondiente estilo de comportamiento ético es el problema fundamental de la filosofía: es así como se ha entendido la filosofía desde la antigüedad.

En esta empresa es completamente inútil fabricar una imagen totalizante 'sintética', tal como se fabrican diamantes sintéticos en un laboratorio. Dicha imagen tiene que brotar desde el espacio interior de la psique. En breves palabras intentaré relatar el origen de mi propia imagen totalizante.

A la edad de seis o siete años tuve una noche mi primer sueño. Lo recuerdo precisamente por la intensa emoción que me produjo. Fue sólo una visión sin historia y sin trama: "Veo un mar refulgente y centelleante de color plateado intenso. Sobre él navega un barco velero que yo contemplo desde lejos. Un sol deslumbrante ilumina este paisaje. Despierto muy confundido, pues jamás había presenciado una belleza que no era de este mundo". Aquí no hay nada que explicar: estamos frente a una imagen primordial que aparece en todas las mitologías y que, con belleza incomparable, Plotino la describe en la *Enneada* III, 4.

Yo nací en una ciudad bañada por la infinitud del océano. Cada noche de Año Nuevo me impresionaba el reflejo de los fuegos de artificio cayendo sobre el mar oscuro. También la luna vibrando sobre el mecerse en las olas. Valparaíso es una ciudad de marineros inverosímiles, de artistas y cortesanas: recuerda un poco el pasado alejandrino con su confluencia de mundos y recuerdos provenientes de campos diferentes. Bajo diversas formas esas visiones constituían un renacer del viejo sueño de mi infancia. Un buen día tuve ocasión de tomar un barco que me llevó por los canales magallánicos. Sus aguas eran tranquilas, pero entonces era el cielo el que presentaba sutiles

y rápidos cambios de forma y de color. Esas son las experiencias oníricas y telúricas que están en el fondo de mi imagen totalizante del mundo.

Veo al hombre como Homero podía ver a Ulises: como un ser cuyo destino es estar guiando un barco que navega sobre un mar tormentoso. El barco es nuestra propia existencia y el mar embravecido es el campo de creación. Allí reina el cambio, el azar, el peligro. Todo nace, muere y renace como las espumas del océano. Sobre el timón el hombre se guía mediante signos y presentimientos *proporcionados por su propio destino*. En el hombre se encarna el campo de conciencia y los signos de su destino provienen del campo de los objetos eternos. Algún día nuestro hombre deberá aproximarse a un puerto (campo de divinidad), como en ese viaje hacia Acuarimántima, hacia esa ciudad ignota situada sobre el filo del Océano de la Muerte, que se proponía emprender el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob. Acuarimántima: agua, rima íntima. El campo de creación y el ritmo de los objetos eternos se confabulan para señalar el puerto de destino, la Acuarimántima que refulge a lo lejos.

En uno de sus libros Mircea Eliade cuenta la historia de un nativo polinesio que salía al mar en plena tormenta y nunca le acontecía una desgracia. Intrigado por esta 'coincidencia' (?), un misionero le preguntó qué era lo que hacía para evitar las desgracias. A lo que el nativo respondió con toda naturalidad diciendo que él, al salir, se *identificaba* con un antiguo rey que tenía la virtud de vencer la tormenta. La identificación con una imagen totalizante moviliza la energía, pues, desde su fondo, emerge el destino que es el único que puede vencer las tormentas.

He pronunciado la palabra y debo volver a ella.

Ultimamente he estado enfrascado en la redacción de un ensayo que se titula *Aproximación al destino*.

Visualizo el destino no como una fatalidad sino como un camino del comportamiento moral. Con frecuencia digo así que el destino es una "línea de experimentación". Es un camino que necesariamente debe cumplirse, pues tanto el campo de conciencia como el campo de divinidad se enriquecen al ser nosotros objetos de una experimentación trascendental y al ser nuestra experiencia un complemento de dicha experimentación. Con frecuencia estos 'experimentos' fracasan. Sin ir más lejos, el hombre mismo es un animal fracasado que salió del instinto y no alcanzó a llegar a la inteligencia. Es posible que en algún otro lugar de la galaxia el experimento 'hombre' haya obtenido mejor resultado y tal vez algún éxito.

En todo esto está implicado otro supuesto que no es posible 'demostrar',

pero que da movimiento a la imagen que estudiamos. Si el destino tiene que cumplirse, si el camino de un punto al otro de la línea de experimentación debe ser recorrido de alguna manera, si el camino puede variar pero los puntos de partida y llegada permanecen inalterables en ese experimento, entonces el *renacer* del hombre y de todo ser después de un fracaso sería la fuerza que pone en movimiento a nuestra imagen. También ésta es una idea milenaria que se hace presente en ese navegar eterno que está en la base de toda existencia posible.

Otra imagen, esta vez más gráfica, podría ayudarnos a comprender esta concepción. Imaginemos un río de corriente rápida, burbujeante, con remansos y contracorrientes, un río de extrema complejidad. Esto sería el campo de creación. Sobre una ribera de este río se levanta un palacio de gran animación, con sus muros de cristal, sus leyes, sus ordenanzas y sus habitantes. Este sería el campo de los objetos eternos. Sobre la ribera opuesta se encuentra la reina que espera siempre los mensajes de su castillo. Esto sería el símbolo del campo de divinidad. Un buen día, por una especie de cataclismo cósmico, se cortaron los puentes que unían ambas riberas. Entonces un espíritu benigno (aquí entrarían los dioses y las jerarquías tan apreciadas por los neoplatónicos) improvisó un medio de comunicación para llevar los mensajes del palacio hasta las manos de la reina. Este medio de comunicación será el destino. Aquel espíritu lanzó sondas de hilo invisible que, mediante anillos de flotación, se mantenían sobre la corriente intentando así alcanzar la ribera opuesta (he dicho 'hilo invisible', porque en la vida vemos siempre los anillos de flotación pero muy raramente el hilo del destino). Sobre las sondas se iban engarzando los mensajes, cada anillo de flotación contenía un mensaje reiterativo del anterior, y así las sondas tomaban el aspecto de un collar de perlas. Curiosamente, cada nuevo mensaje, cada nuevo anillo de flotación que lo contenía, empujaba al anterior obligándolo a acercarse a la orilla opuesta. Es decir, lo nuevo empuja a lo antiguo a acercarse a la divinidad: los vivos son los que luchan en favor de los muertos. Si cada ser es un mensaje con que el campo de conciencia experimenta para injertarlo en la divinidad, resulta que el hilo del destino —la sonda en nuestra imagen— está formado por una larga serie de individuos de la misma especie y que todos ellos reiteran el mismo mensaje. Por eso los seres que tienen idéntico destino son, en última instancia, un mismo individuo. Yo he vivido tantas veces como mi destino se ha hecho presente en la historia, aquí o en algún otro punto del Universo.

Joseph Head y S.L. Cranston se han dado un gran trabajo para entregar-

nos una bella antología sobre la reencarnación. La cito, porque, a simple vista, parecería coincidir con las palabras que acabo de escribir.

Pero hay una diferencia fundamental.

Esos autores, citando una infinidad de filósofos de enorme prestigio, tratan de probar la hipótesis de un *ego* que reencarna a través de vidas sucesivas. Mi concepción, en cambio, estaría más cerca del budismo: hay reencarnación pero no hay nada que reencarne. Esta paradoja de los maestros del Zen se puede explicar por la imagen anterior. No es el *ego* sino el *destino* el que vuelve a aparecer. Es más: el destino no reencarna porque ha estado presente desde la infinitud del tiempo en forma de línea de experimentación. Son los egos (punto de conciencia) los que se adhieren a esa línea de destino y esto es lo que produce la ilusión de una reencarnación.

Como toda filosofía totalizante está inspirada por el platonismo y toda filosofía religiosa, directa o indirectamente, guarda relación con el neoplatonismo, no es difícil, en lo que he dicho, hallar similitudes con las hipótesis de Plotino.

El campo de creación correspondería a la materia, al mundo sensible. El campo de conciencia estaría situado entre el Alma del Mundo y la Inteligencia. A Lo Uno correspondería el campo de divinidad.

Pero aquí terminan las similitudes y comienzan las diferencias.

El campo de creación no es un 'mundo caído' sino altamente energético y con una inevitable tendencia a la organización que subyace en la trama misma de la experimentación. Sin campo de creación, la experimentación, el cosmos como experimentación indefinida, sería imposible. En el campo de conciencia se haría patente la Inteligencia pero ésta quedaría separada del campo de los objetos eternos, contradiciendo así la famosa frase de Plotino: "Los inteligibles están en la Inteligencia". Si los inteligibles (objetos eternos) estuvieran dentro de la Inteligencia, el cosmos estaría dado de golpe en un solo bloque, ya que cada inteligible encerraría dentro de sí a todos los demás inteligibles: sería un mundo sin novedad y sin fracasos. Por último, el campo de divinidad aceptaría dentro de sí —a diferencia de Lo Uno— la finitud y la multiplicidad, porque de lo contrario carecería de medios para garantizar la permanencia de los resultados movibles y fugaces de la experimentación.

El mundo de Plotino se parece mucho a una monarquía y con frecuencia Plotino utiliza metáforas monárquicas para describirlo. En cambio, la visión que aquí presentamos se parece más bien a una federación de comunas anarquistas.

Quedaría en pie este problema: ¿en qué forma esta imagen totalizante podría influir en la movilización de mi energía psíquica y modificar determinados aspectos de mi estilo de vida? ¿Cómo podría ella facilitar el navegar de mi vida?

En primer lugar, una visión clara del destino —donde se cruza el azar del campo de creación con los signos y presentimientos que brotan del campo de los objetos eternos— es de enorme ayuda en la movilización de la energía: me impide sentirme culpable con los resultados del azar, me indica la vía de experimentación a través de la cual debo conducir mi existencia, y me da cierta sabiduría para diferenciar esos dos ámbitos.

En segundo lugar, una visión de un Universo pluralístico y cambiante ayuda a rejuvenecer el espíritu: no hay nada definitivo y así jamás sabremos con certeza si nuestras acciones conducirán finalmente al éxito o al fracaso: a la inexperiencia lozana de la juventud le sumamos la resignación sabia de la ancianidad. Se evita así que el hombre grotescamente se sienta centro del Universo. El Universo no tiene centro y el hombre no es centro de nada.

En tercer lugar, la preeminencia de un campo de conciencia como ámbito de experimentación cósmica impulsa al hombre a conformar su vida con los ritmos de la vida cósmica, a ajustar su destino con el contexto del Universo.

En cuarto lugar, el continuo cambio universal es un continuo llamado al hombre para evitar su identificación con ideas, sentimientos o situaciones que él imagina como permanentes. Esto es un excelente remedio contra el fanatismo y las actitudes pontificales. El principio de 'no-identificación' que fundamenta a la soledad es la vía regia que permite al espíritu su adentramiento en la vida cósmica y, por ende, en el mundo de la experiencia religiosa. Esto lo conocen excelentemente bien los maestros budistas.

En quinto lugar, un campo de divinidad finito y múltiple posibilita la participación del hombre en la obra y destino de la divinidad: se elimina el abismo que separa la divinidad del hombre y así el hombre y los dioses se convierten en compañeros de armas.

En sexto lugar, la ausencia del principio de poder posibilita la espontaneidad creativa del hombre y, sobre todo, es la condición de la deflación del *ego* —(sin poder nadie se siente importante)— de la quiebra de la vanidad y de la ausencia de la manipulación, del *ego* mediante situaciones o cosas que están más allá de él. El poder es algo así como la prolongación de mi propio cuerpo. Por eso el poder es siempre 'manipulador', es la prolongación de mi mano en el espacio, en el tiempo e, ilusoriamente, en el continuo de conciencia. De allí que lo contrario al amor no sea el odio, sino el poder.

Ya que el hombre es como Ulises y el campo de divinidad es como Ithaca, pareciera ser que el sentido de la vida del hombre se encerrara en estos versos de Kavafis:

Guarda sin cesar a Ithaca presente en tu espíritu.
Tu meta final es llegar allí.
Pero no acortes tu viaje.
Más vale que dure largos años
y que al fin abordes tu isla
en los días de tu vejez,
enriquecido con todo lo que has ganado en el camino,
sin esperar que Ithaca te enriquezca.